
Faccionalismo en los “tiempos de la política”

Jorge Federico Eufracio Jaramillo
El Colegio de Jalisco

Introducción

El presente artículo tiene por objetivo exponer algunas de las virtudes del método etnográfico para analizar los procesos electorales en México. En concreto, la propuesta se fundamenta en un concepto rector, las *facciones de partido*, que, debatido a partir de un determinado campo de investigación empírica, se refiere a grupos políticos que se sitúan en la compleja articulación entre las pautas institucionales-reglamentarias implicadas en la disputa por los cargos públicos y los medios de organización, las prácticas y los contextos sociohistóricos de los actores.

Lo anterior plantea, por lo tanto, una meta doble para el texto. Por un lado, problematizar desde un enfoque etnográfico las conexiones que establece el faccionalismo con la organización interna de los partidos; y por otro, reconocer, a partir de los diferentes grupos estudiados, los sentidos otorgados por los actores a la lucha por el poder político. Al respecto, se busca mostrar el valor sociológico de las *categorías nativas*, como *unidad y operación política*, en tanto reflejan los pesos simbólicos y significados adquiridos por *lo electoral y lo político* para individuos que, desde su posición en un determinado contexto cultural, configuran y reconfiguran una serie de vínculos estratégicos durante las coyunturas electorales.

El trabajo está organizado en tres diferentes apartados. El primero de ellos plantea brevemente la pertinencia de la etnografía para observar procesos político-electorales y,

en este sentido, cuáles son sus ventajas dada su propuesta de acercamiento a la realidad. En segunda instancia, se ofrece una definición más precisa del faccionalismo y cómo puede ser caracterizado a partir de un ejercicio etnográfico. Finalmente, en el tercer apartado se recupera un conjunto de *categorías nativas*, ligadas íntimamente con la operación de las facciones, que permitirán proponer cierto nivel de teorización surgido a partir de la inserción en campo.

*El problema inicial:
una cuestión de episteme*

Debido a su intrínseca conexión con preocupaciones actuales, como calidad de la democracia, partidos políticos, transformaciones reglamentarias y legitimidad gubernamental, las elecciones han representado un nicho importante de investigación para un sinnúmero de científicos sociales que, desde diferentes perspectivas, han buscado aportar a la explicación de dicho fenómeno. Las aproximaciones son diversas, pero debido a su enorme extensión en los regímenes democráticos del mundo se ha buscado, en su mayoría, aprehender lo electoral desde sus más extensas implicaciones colectivas, institucionales o de orden gubernamental, con el fin de construir teorías y conceptos de amplio alcance. Por lo tanto, uno de los problemas a resolver para este tipo de investigaciones es la construcción de un dato analizable, comparable y susceptible a la generalización.

Por supuesto que los estudios electorales centrados en la develación y análisis de grandes tendencias o regularidades pueden recurrir, entre otras fuentes, a las encuestas, a las estadísticas institucionales y a los datos creados por las autoridades electorales; materiales que por sí mismos brindan información trascendental para la obtención de inferencias válidas. Pero vale la pena preguntarse si son sólo las grandes regularidades las únicas vías para aportar conocimientos valiosos sobre elecciones o, incluso, si el develado de tales tendencias generales cubren todo el espectro de lo que puede ser dicho sobre este hecho sociológico tan importante.

1. Rosana Guber. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós, 2005, p. 47.
2. *Ibid.*, p. 50.
3. *Concepto nativo o teoría nativa* son expresiones que no se utilizan en el lenguaje antropológico de manera despectiva, por el contrario, se han convertido en instrumentos heurísticos que señalan la importancia del conocimiento de los actores, desde su posición sociohistórica, para construir o debatir teorías y conceptos.
4. Ismael Eduardo Apud Peláez. “Hacia una etnografía multitécnica, reflexiva y abierta al diálogo interdisciplinario”. *Antípoda*. Bogotá, Universidad de los Andes, núm. 16, enero-junio de 2013, p. 215.
5. Fernando Alberto Balbi y Mauricio Boivin. “La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno”. *Cuadernos de Antropología Social*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2008, p. 9.
6. *Idem.*
7. Mario Bunge. *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*. México: Siglo XXI, 2004, p. 478.

La respuesta parece, dada la complejidad de los acontecimientos electorales, claramente negativa. Al respecto, lo que se pretende en adelante es proponer un camino diferente, al final complementario, para analizar tales fenómenos mediante el método etnográfico, así como las potencialidades que éste tiene para construir conceptos y teorizar a partir de los hallazgos en campo.

El acercamiento que provee la etnografía a los problemas de investigación parte de varios principios epistemológicos y metodológicos. El primero de ellos se refiere a la presencia del investigador, en tiempo real, en el desarrollo del objeto estudiado, lo cual le permite realizar una *observación participante*, es decir, no sólo una indagación sensorial (mirar y escuchar),¹ interpretativa y comprensiva, sino un involucramiento directo que le permita contrastar los conceptos propios (anclados a su “historia cultural y teórica”)² con los *conceptos nativos*,³ un esfuerzo de desnaturalización, cuestionamiento y extrañamiento que, depositado en la tensión existente entre ambos tipos de categorías, puedan funcionar como una “vacuna contra el etnocentrismo”.⁴

Lo anterior lleva a un segundo punto trascendental: la etnografía pretende ser una mirada analítica que da por hecho la diversidad de lo real y trata de aprehenderla mediante la comprensión y problematización de las perspectivas de los actores.⁵ Al respecto, asume que tales conocimientos son un camino privilegiado para entender lo social, no sólo porque éstos son parte misma de lo social, sino porque los actores tienen una visión sobre el mundo que los habilita a operar en él.⁶ Así, un ejercicio etnográfico permite reflexionar, desde una posición cercana y vivencial, que en lo referente a etapas electorales los sujetos inmiscuidos (dícese votantes, candidatos, agentes institucionales, entre otros) vinculan y tensan visiones, decisiones y prácticas, que por sí mismas son fuente de conocimiento acerca de cómo funciona sociológicamente el fenómeno.

Por lo tanto, es posible considerar a la etnografía como un método que permite, siguiendo las palabras de Mario Bunge, “explicaciones mecanísmicas”,⁷ es decir, vías de búsqueda e interpretación de los mecanismos que

subyacen a los hechos: la etnografía analiza procesos. Por lo tanto, plantea una forma distinta de acercarse al objeto de estudio; para el caso que incumbe a este artículo, no como *elecciones* o *votaciones* (reduciendo un todo complejo a la “fotografía” de un momento que problematiza sólo los resultados), sino como *procesos electorales* que contienen un conjunto innumerable de mecanismos latentes que pueden ser explicados etnográfica y reflexivamente.⁸

Con base en los argumentos anteriores, los procesos electorales ofrecen, por supuesto, un sinnúmero de posibilidades para abordajes etnográficos. No obstante, para efectos de este documento, se desea partir de un problema reciente que evidencia las transformaciones del sistema de partidos en México y, en general, la mayor apertura de la contienda electoral: la ríspida vida interna de los partidos políticos. Es innegable que son múltiples las temáticas que permitirían problematizar la actualidad de la arena electoral en México, pero uno de gran relevancia es el constante acomodo y reacomodo interno de los partidos ante una creciente competencia por las candidaturas, debido, principalmente, a las secuelas que deja este proceso en los niveles de sinergia alcanzados por tales instituciones.

En efecto, ante un juego electoral más disputado (antecedido por la ruptura de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional) y, por ende, con mayor incertidumbre sobre los resultados, los partidos políticos mexicanos han entrado en un proceso de reajuste de sus mecanismos de selección de candidatos para lograr que aquellos que los representen en las contiendas para los diferentes cargos públicos sean legítimos a los ojos de los copartidarios, y con ello evitar las rupturas internas o incluso la separación de fuerzas políticas que, en su exilio, decidan participar por otros colores o apoyar a otros candidatos.

Son precisamente estas fuerzas internas, estas agrupaciones políticas a las cuales se hará referencia en lo sucesivo, las que han cobrado importancia en tal contexto, ya que son éstas las que determinan el escaparate de los partidos (los candidatos) y, en cierta medida, los procesos de unificación institucional de cara a las diferentes etapas de los procesos electorales. Sin embargo estos grupos políticos,

8. La reflexividad es precisamente el ejercicio realizado por el etnógrafo a partir del cual se cuestionan y problematizan los conceptos propios con respecto de los *conceptos nativos*, es decir, es la manera en que el *yo* investigador explica, sin poder renunciar a su propio bagaje, el objeto de estudio partiendo de un esfuerzo de entendimiento del *otro* que es, por supuesto, un constructor del mundo social.

9. Frank P. Belloni y Dennis C. Beller. “The Study of Party Factions as Competitive Political Organizations”. *The Western Political Quarterly*. Utah, University of Utah, vol. 29, núm. 4, 1976.

10. *Ibid.*, p. 549. Dichos sistemas harán referencia en este artículo al número de facciones, así como su organización y las reglas formales e informales que las vinculan con la competencia por las candidaturas.

11. El *sistema de partidos* es el número de instituciones que legalmente compiten por el poder político, así como las reglas que regulan tal competencia. En cambio, el *régimen político* será comprendido como la estructura institucional mediante la cual se organiza el poder del Estado.

12. Trabajo de campo realizado como parte de la investigación doctoral y que consistió en realizar observación participante en los comités municipales del PAN, del PRI y del MC. El objetivo fue el de entender la organización faccional de los mismos y, al respecto, explicar los mecanismos que actúan detrás de la competencia por el poder político.

13. Cifras obtenidas del *Censo de Población y Vivienda 2010*. Aguascalientes: INEGI, 2010.

que en adelante serán conceptualizados como *facciones*, han sido poco estudiados a pesar de su relevancia, no porque exista una falta de interés en ellos, sino porque representan serios retos teóricos y metodológicos para “hacerlos visibles” como objetos de investigación; es justo en este punto en donde se estima que la etnografía tiene mucho que aportar.

La etapa de selección de candidatos: caracterizando el faccionalismo etnográficamente

Las *facciones de partido*, como las explican Frank Belloni y Dennis Beller,⁹ hablan precisamente de esos grupos que perviven en el interior de los partidos y cuyo objetivo es el de competir por las candidaturas, así como por el control político-administrativo de la institución. En tal tesitura, argumentan que las facciones conforman la arena de competencia intrapartidaria, configurada por *sistemas de facciones*,¹⁰ que en interconexión con el sistema de partidos y el régimen delimitan el entramado de conflictos en torno de la obtención del poder político;¹¹ disputas que no sólo se definen por los contextos institucionales, sino también, como lo sugieren ambos investigadores, por los socioculturales. En otras palabras, el faccionalismo se sitúa en la compleja articulación entre procesos formales-legales y las prácticas de los sujetos, por lo que una estrategia de investigación cualitativa aportaría al entendimiento de tal vínculo.

Tomando como punto de partida un trabajo etnográfico realizado en los comités municipales de los partidos en Autlán de Navarro, Jalisco, y en diferentes etapas electorales (2009-2012), fue posible analizar al faccionalismo bajo la lógica señalada en el párrafo anterior.¹² Por principio, dicho municipio, con alrededor de 57 000 habitantes¹³ y ubicado al suroeste del estado, ha sido parte de un proceso histórico de desenvolvimiento político-electoral con características propias. Si bien, parte de un dominio del Partido Revolucionario Institucional (PRI), como muchos otros sitios, éste tuvo la peculiaridad

de haber sido ejercido a partir de un cacicazgo regional¹⁴ que logró colocar a tal partido como el hegemónico hasta prácticamente el inicio del siglo XXI.

Sin embargo, una vez que las derrotas electorales del PRI fueron inevitables, al igual que el crecimiento del Partido Acción Nacional (PAN) en prácticamente todos los rincones de Jalisco, comenzó un proceso de deterioro de las relaciones entre facciones dentro del comité municipal de Autlán que derivó, considerando los casos más graves, en la separación de varias de ellas para buscar mediante otros partidos, en especial del PAN, las oportunidades de ganar la presidencia municipal o de participar de manera más activa en las contiendas electorales. Esto porque en el comité del PRI no habían logrado, por la concentración de la competencia entre pocos grupos, las metas deseadas.

Por supuesto que este proceso no es privativo del PRI ni mucho menos del comité de Autlán, sino que representa una problemática que los partidos enfrentan de manera generalizada. En efecto, la real apertura de la competencia electoral a otros partidos en los últimos veinte años ha provocado que dichas instituciones, por igual, se encuentren en un proceso de constante redefinición de sus mecanismos formales de selección de candidatos con el objetivo de que las facciones, ganen o pierdan en el proceso, apoyen a los candidatos salientes, legitimen los comicios internos y, por lo tanto, no respalden a aspirantes de otros partidos o se separen para buscar las candidaturas por otros colores.

Lo anterior indica una aceptación, por lo menos implícita, de la importancia que han cobrado las dinámicas faccionales en el devenir interno de los partidos, así como de la necesidad de crear condiciones de competencia legítimas para todas las fuerzas. En concreto, el PAN, a través de su Comité Ejecutivo Nacional (CEN), ha optado en los últimos procesos de selección de candidatos por un modelo de elecciones primarias, es decir, la emisión de votos por parte de sus miembros (en algunos casos incluyendo, además, a la población con credencial de elector), quienes definen a los elegidos en una jornada electoral. Por su parte, el CEN del PRI ha instaurado como mecanismo formal la

14. El cual puede ser caracterizado como una red de relaciones estratégicas entre individuos con poder económico e influencias políticas que, desde la década de los cuarenta y hasta entrada la de los noventa, ejercieron un efectivo dominio electoral sobre varios municipios de la llamada región Costa Sur de Jalisco como, por ejemplo, Autlán, Casimiro Castillo, Cihuatlán y El Grullo.

Convención de Delegados, un órgano representativo de todas las fuerzas del partido dentro de cada comité que, después de analizar la oferta político-electoral de todos los aspirantes, deciden quién es el más “rentable”.

Ambos mecanismos buscan el mismo objetivo aunque por vías diferentes: la unidad de sus facciones y la legitimidad de sus candidatos. En este sentido, la realidad empírica marca, por lo menos en carácter de hipótesis, que ninguno es mejor que el otro *per se*, pues su éxito no depende exclusivamente del refinamiento técnico, de los designios de un comité central o de la práctica de una determinada ideología democrática, sino también de los contextos socioculturales, de las relaciones entre facciones, de los estados coyunturales y, al respecto, de lo que los actores ponen en juego en cada proceso electoral. Esto es justo lo que la etnografía reveló mediante la observación del faccionalismo.

En el caso de Autlán, los dos principales comités municipales, el del PRI y el del PAN, se ajustaron a los mencionados condicionamientos formales para la selección de sus candidatos durante el proceso electoral del 2012. No obstante, los resultados de tal etapa tuvieron mucho que ver con la manera en que las facciones definieron el juego interno a partir de su comprensión de las reglas formales e informales, así como de sus propias lógicas de competencia y las relaciones latentes entre actores.

Por principio, los sistemas faccionales dentro de cada comité llegaron a dicho proceso bajo presiones muy diferentes: mientras el correspondiente al comité del PAN venía precedido de tres triunfos consecutivos, el del PRI lo hacía por tres derrotas en las elecciones municipales. Tres triunfos y tres derrotas que estaban conectados a la legitimidad ganada por los candidatos entre las facciones, ya que en el caso del comité del PAN todos habían surgido de procesos aceptados por los grupos, mientras que en el PRI los tres candidatos enfrentaron las campañas electorales en medio de rupturas internas y el consecuente descrédito.

Bajo este contexto, el sistema faccional dentro del PAN municipal registró oficialmente a tres aspirantes a la candidatura a la presidencia municipal que,

respaldados cada uno por una facción, tendrían la misión de visitar a doscientos miembros activos del partido, aproximadamente, en el municipio para pedir su voto, pues sólo ellos definirían el resultado. Los mecanismos fueron variados: pequeñas pancartas, lonas o carteles, inserciones periodísticas y principalmente las visitas domiciliarias, mediante las cuales cada aspirante, en un clima de proximidad proporcionado por el conocimiento de esas doscientas personas que podían ser sus vecinos, amigos, colegas, etc., se acercaban a cada miembro, desplegando diferentes tácticas discursivas¹⁵ para convencerlos de la legitimidad e idoneidad de sus aspiraciones.

Por lo tanto, previo a la jornada electoral los precandidatos habían visitado a todos los miembros y establecido, por lo menos en teoría, algunos acuerdos o “amarres”, lo cual les permitió realizar algunas estimaciones de los posibles votos por obtener. De esta manera, la jornada electoral, desarrollada un mes y medio después de las campañas internas, portaba un significado mucho más profundo que la emisión y conteo de votos, pues se presentaba como el momento crucial, como la reafirmación de los pactos previos que, por supuesto, condensaban principios morales (de responsabilidad, de empeño de la palabra e, incluso, de lealtad) recreados a partir de la pertenencia a una misma comunidad social e históricamente contextualizada.

El día de la votación los miembros activos se presentaron en el comité para marcar sus boletas, mientras los representantes de cada facción observaban meticulosamente el desfile para cuantificar a los llegados y avisar al resto de miembros de la facción, incluido el precandidato, cómo se desarrollaba el proceso. Una vez cerrado el centro de votación, el conteo se realizó con transparencia y con muchos testigos que pudieron dar veracidad del acto. No obstante, los dos aspirantes perdedores y sus respectivas facciones no estuvieron de acuerdo con el resultado, no por algún desperfecto en la parte técnica, sino más bien por lo que consideraron una actitud inescrupulosa del virtual ganador. Lo acusaban de comprar los votos de los miembros y, a su vez, de

15. Desde aquellas que planteaban una “agenda de trabajo” (obras para el municipio, generación de empleos y planes para resolver los principales problemas del municipio) hasta otras que apelaban a los vínculos estrechos.

posibilitar o provocar la ruptura de los acuerdos por ellos alcanzados; en otras palabras, por llevar a cabo prácticas que rebasaron los límites tácitos y reglas no escritas de la competencia interna que habían facilitado, en procesos electorales anteriores, la cohesión entre facciones.

Para el sistema faccional dentro del comité del PRI las cosas no fueron muy diferentes, ya que los dos aspirantes a la candidatura y sus grupos encararon el proceso de selección en un entorno poco favorable para los acuerdos debido a dos circunstancias: 1) ambas representaban dos generaciones en constante pugna, una agrupada a partir de la gente joven del comité, formada en los llamados Frentes Juveniles, y la otra, mucho más longeva, que resentía la transición a una competencia interna más abierta y la fragmentación de su influencia dentro del comité; 2) el estado de tensión por tres procesos anteriores que terminaron con fracturas profundas.

Vale la pena indicar al respecto de ese clima poco propicio para los pactos entre facciones, que el PRI privilegió, en la práctica, un mecanismo informal de selección de todos sus candidatos, en todos los niveles, basado en las negociaciones entre aspirantes y grupos por sobre la Convención de Delegados. El objetivo sería, precisamente, evitar los rompimientos. Con esto las reuniones de delegados se realizarían, pero sólo como actos protocolarios que socializarían los acuerdos alcanzados.

Tomando en consideración esta meta esperada, los dos aspirantes a la candidatura en Autlán decidieron que la elección final recaería en los resultados arrojados por un par de encuestas que, dirigidas y coordinadas por el comité estatal del PRI, resolverían quién de los dos era el mejor posicionado en las preferencias del electorado. Las encuestas se realizaron en algún momento de enero de 2012; no obstante, los resultados no se dieron a conocer públicamente sino que los aspirantes sólo fueron informados en sus términos más generales.

Esta aparente opacidad en el manejo de la información facilitó que la facción perdedora, la más longeva, deslegitimara y buscara revertir el proceso. Esta situación puso en tensión el mecanismo de selección del candidato,

pues aun cuando ambas partes lograron sentarse a negociar en diversos momentos, el estado de conflicto profundo y arraigado entre ambas facciones, enfrentadas por visiones diferentes no sólo con respecto de la dirección del comité, sino de sus concepciones de lo político-electoral, condicionó la factibilidad y aceptación de los posibles pactos.

Al final, la resolución no pudo ser revertida, lo cual provocó que la facción perjudicada decidiera apartarse definitivamente del PRI para competir por ese mismo cargo público, pero portando otros colores: los del Movimiento Ciudadano (MC). Así, el mismo escenario de rompimientos se volvía a hacer presente en el tricolor, pero ahora con la particularidad de que la facción separada representaba, por su experiencia y recursos políticos, una verdadera tercera opción competitiva en el escenario municipal.

Lo anterior lleva a realizar apuestas analíticas más profundas en cuanto a las formas en que se conciben los partidos políticos y su organización interna. Por un lado, lo analizado en el caso de Autlán ayuda a desmitificar, partiendo de los comités municipales, el supuesto de homogeneidad ideológica e identitaria de los partidos, pues el faccionalismo muestra la complejidad de las relaciones internas configuradas a partir de intereses, prácticas y concepciones contrastantes. Esta es una idea trascendental, pues problematiza el funcionamiento de tales instituciones a partir de las personas que forman parte de ellas. Asimismo que las acciones y decisiones de esas personas tienen implicaciones en el devenir institucional y, por ello, fuente de potenciales explicaciones sobre lo que ocurre en su interior.

Por otro lado, también habilita a pensar la organización institucional desde una perspectiva más procesual, considerando que los aspectos formales-legales por sí solos no explican la articulación de roles, la toma de decisiones y los resultados cosechados, sino que se vuelve necesario un enfoque sobre los individuos o colectivos constituyentes que, a partir de sus acciones y relaciones, configuran una parte vital de la cotidianidad institucional.

*El tiempo de la política
a través de las categorías nativas*

Ahora bien, los conflictos entre facciones no terminaron con la selección de los candidatos, sino que continuaron por todo el resto del proceso electoral, incluso hasta el día de la votación, a partir de un conjunto de prácticas y sentidos atribuidos que sólo fue posible comprender etnográficamente. Tal es el caso de los significados adquiridos por expresiones tales como *unidad* partidaria y *operación política*. En efecto, una vez terminada esa primera etapa, los candidatos a la presidencia municipal de Autlán tuvieron que dedicar una parte importante de su tiempo a la llamada *operación cicatriz*, noción utilizada para señalar el proceso de negociación, y de posible “sanación” de las “heridas internas”, entre los candidatos ya elegidos y los grupos inconformes con los resultados.

Para entender tal proceso es necesario partir de un hecho sociológico que, observado mediante la etnografía, se refiere a cómo estos conflictos entre facciones no sólo respondieron al interés por un puesto público, sino también a los deseos de trascendencia y de reposicionamiento dentro de las relaciones sociales que articulan a la comunidad. Algo que Moacir Palmeira engloba bajo la categoría nativa de *tiempo de la política*,¹⁶ es decir, un momento muy especial en el cual la política se vuelve palpable a partir de un proceso electoral, pero que no se limita a él, en un plano estricto, en tanto mezcla las luchas por el poder político con las relaciones cotidianas y los bagajes culturales, históricos y morales compartidos por sujetos que pertenecen a una misma población.

Con base en el argumento anterior, la “operación cicatriz” se tradujo, para los casos aquí analizados, en una estrategia de gestión del conflicto entre facciones basada en pláticas privadas, en reuniones fuera de los espacios institucionales, incluso en comidas en contextos familiares, es decir, dentro de escenarios que permitieran a los recién electos candidatos exaltar y enlazar la importancia de obtener el triunfo en la contienda por la presidencia municipal con el reforzamiento de los vínculos interpersonales entre

16. Moacir Palmeira. “Políticas, facciones y votos”. Fernando Alberto Balbi y Ana Rosato. *Representaciones sociales y procesos políticos*. Argentina: Antropofagia, 2003, p. 33.

individuos que conforman un mismo colectivo, un comité municipal. Justo en este punto se articularon prácticas discursivas específicas, especialmente aquellas que hicieron alusión constante a la *unidad* de partido o de comité, pues dicha noción se convirtió en una apelación a la identidad partidaria y a una supuesta confluencia ideológica.

Así, cuando los dos candidatos encomiaban al resto de facciones de su comité a permanecer unidos de cara a la elección constitucional, no sólo apelaban a un deber ser institucional y democrático, sino también al valor que cobra la *unidad* y el respaldo entre miembros, aparentemente iguales, de una comunidad que comparte determinadas estructuras morales, y cómo éstas, a su vez, cruzan las prácticas y decisiones políticas. En tal tesitura, los llamamientos a la *unidad* representaban, además, una apelación al ensamble de recursos estratégicos, de apoyos y de redes, con el fin de que los grupos inconformes se sumaran a un supuesto objetivo común, pero también para evitar que en medio del conflicto interno optaran por apoyar a un candidato de otro partido; hecho que, de registrarse, significaría la transgresión del principio de lealtad que, bajo ese discurso de *unidad* partidaria, buscaba enaltecerse como base de unificación de los comités municipales.

Por otra parte, estas labores discursivas encaminadas a sanar las “heridas” internas, estuvieron acompañadas por prácticas específicas que, dirigidas hacia el exterior de los comités, se engloban bajo el concepto de *operación política*. En efecto, tal idea es muy usada por los actores y puede ser definida como las cualidades, recursos o capacidades de negociación, interlocución y generación de acuerdos que cada facción o candidato tuvo, no sólo para sumar potenciales votantes, sino también para unir *operadores políticos*, es decir, intermediarios estratégicos, líderes o representantes sectoriales que, debido a su posición social o a su poder de influencia, permitirían a los candidatos llegar a cada rincón del municipio.

Así, la *operación política* en el plano externo, junto con los llamamientos a la *unidad* en el plano interno, se convirtió en una actividad estratégica que definió en cierta medida el rumbo del proceso electoral, ya que determinó

la articulación y tamaño de las complejas redes de apoyo y promoción de los candidatos en el escenario municipal. Esto porque más allá de los actos públicos de campaña, aquellos que tuvieron la misión de ser visibles para todos los potenciales votantes, la *operación política* como elemento no visible, construido en la profundidad del *tiempo de la política*, marcó las reales capacidades de representación, de diversificación y, a la vez, de suma de votos de cada aspirante a la presidencia municipal.

Fue en este terreno en el cual ganó la partida el candidato de MC, aquel que junto a su facción se separó del comité del PRI, pues demostró que su densidad de redes, alimentada por *operadores políticos* de los sistemas faccionales del PAN y del PRI (entre ellos varios inconformes con los respectivos procesos de selección de los candidatos y que, por lo tanto, no pudieron ser convencidos durante la *operación cicatriz*), fue mayor y más eficaz en tanto logró posicionarse entre las preferencias electorales con un discurso antipartidos tradicionales (productos de una política “mala y corrupta”) y prociudadanía (como portadora de lo “nuevo”, lo “bueno”, lo “justo” y lo “democrático”).

En última instancia, estos dos conceptos nativos evidencian la complejidad de los procesos electorales en tanto hechos sociológicos que rebasan las fronteras de lo puramente institucional. Por lo tanto, para una mejor comprensión de las implicaciones de este fenómeno es necesario profundizar en los significados otorgados por los actores implicados y la manera en que sus discursos, decisiones y prácticas, delinean, en un momento de coyuntura, un campo en donde la política actúa, se hace, se recrea y abastece de sus múltiples sentidos a la competencia por el poder político.

A manera de conclusión

Para Frank Belloni y Dennis Beller el estudio del faccionalismo no sólo incrementa la capacidad de entender los procesos electorales o los partidos, sino la política en general. Este argumento es trascendental y digno de colocar al cierre de este artículo, pues si el faccionalismo

es antes que nada un fenómeno político sus características empíricas nos llevan a repensar el concepto de política. En efecto, si la etnografía es una forma de “vacunarnos” en contra del etnocentrismo, quiere decir que la experiencia en campo y la contrastación de los conceptos propios con los nativos, a partir de lo aquí planteado, debe permitir la desnaturalización del concepto de política, ya que éste cruza transversalmente y da sentido no sólo al faccionalismo, sino también a lo electoral en su espectro más amplio.

Así, la política no sólo apunta a un entramado institucional, a un conjunto de reglas formales o al establecimiento de un grupo de “expertos en política”, sino también, y de forma muy importante, a prácticas, decisiones y sentidos puestos en juego por los actores en escenarios que, como en el caso de los procesos electorales, la negociación, el acuerdo, los intereses divergentes y las disputas, son medulares. Entonces, el propio faccionalismo adquiere un sentido más amplio y rico, pues más allá de la importancia de sus cualidades organizativas o funciones dentro de los partidos, su conceptualización como fenómeno empírico parte de la centralidad de un conflicto que, siendo consustancial a lo político, debe ser entendido como una expresión de la naturaleza compleja de la vida en sociedad.

Finalmente, es claro que lo expuesto en este breve documento tiene alcances limitados de acuerdo con las posibilidades de generalización de las propuestas e hipótesis vertidas. No obstante, la etnografía permite, como se ha intentado demostrar, abrir nuevas vías de explicación de los fenómenos sociales sin descartar, en absoluto, la formulación de conceptos, modelos y teorías, pero que requieren de ser replicados para ganar en capacidad explicativa. De esta manera, el conocimiento generado “desde abajo” no caerá en la falsa necesidad de crear andamiajes analíticos que pretendan explicar la totalidad del mundo social, pero sacrificando, en ese paso, la riqueza de su diversidad intrínseca.